



Rafa Martínez-Echevarría

LOS TUERCEBOTAS

© 2019, Rafa Martínez-Echevarría

© 2019, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: Diciembre de 2019.

Segunda edición: Mayo de 2024.

ISBN: ISBN: 978-84-949384-8-1

Depósito Legal: M-40294-2019.

Realización gráfica: Laura Morales Balza.

Impreso en España - *Printed in Spain*.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

A papá y a mamá, por todo lo que han hecho por mí, aun cuando no lo merecía.

LA APUESTA

Mi nombre es Pablo, y por si todavía no me conoces, te diré que he sido el primero del cole en completar el álbum de cromos de la Liga, así que este año la gente por aquí me tiene un poco más de respeto.

Me encanta el fútbol, pero uno tiene que saber sus limitaciones, y yo, además de estar gordito, juego como un pato mareado. La última vez que intenté hacer unos toques con el balón rompí dos lámparas del salón de mi casa. No sabría explicaros la "ilusión" que le hizo a mi padre. Mis hermanos, sin embargo, se rieron un montón.

Mi sueño es ser entrenador de fútbol. Como yo siempre digo: Lo sé, soy muy raro. Las rarezas es mejor reconocerlas. Si hay algo que te hace diferente de los demás y el resto se empeña en reírse

por ello, mejor es no enfadarse, sino reconocerlo y disfrutar de tu rol. Si te enfadas, insultarte será divertido. Yo asumí mi extrañeza desde un principio y todos acabaron llamándome Mister, como a los entrenadores de verdad.

En los recreos, salvo en la temporada de cromos, me gusta hacer como si fuera el entrenador de los partidos que se disputan. Es divertido ver el fútbol de patio.

Cinco balones a la vez en juego.

Cinco partidos.

Cinco porteros en cada portería que se van turnando la posición según sea el balón que más se acerca a la meta en cada momento.

Lo mejor de todo es que, salvo en ocasiones, la armonía reina en el terreno de juego.

Pero aquel día fue uno de esos en los que estalla la guerra.

En el recreo de la comida, este año los del equipo de fútbol del colegio compartían el patio con el resto del curso. El problema es que los demás no se lo tomaban tan en serio como ellos.

El año pasado estuvieron a punto de ganar la liga escolar y esta temporada están un poco creciditos. Así que han decidido que tienen que entrenar más.

Desde que habían unido su partido de estrellas a los cinco de los "paquetes", como ellos los llaman, llevamos un curso con bastantes batallas futbolísticas.

No os voy a mentir. Juegan muy bien. Les gusta tocar mucho el balón y, entre tanto pase con tantos partidos a la vez, en más de una ocasión un miembro de otro partido se acaba entrometiendo en su jugada y corta algún balón que no le corresponde. Y esto suele terminar en pelea. Así llevamos tres meses y la cosa no parece mejorar.

-¡Oye cuatro ojos! A ver si te fijas un poco, que ya es el quinto balón que cortas.

-Ah, perdón. Yo que estaba emocionado de haber conseguido dar cuatro veces a la pelota...y resulta que no era la mía -dijo Luis rascándose la cabeza.

-¿Encima me vas a vacilar gafotas? -se encaró Pedro, el capitán, acercándose violentamente.

-Bueno, técnicamente ahora mismo no soy ni gafotas ni cuatro ojos, porque las gafas me las he dejado en clase. Solo tengo dos ojos y, como habéis podido comprobar, no veo ni torta- sonrió con los ojos entrecerrados tratando de enfocar mejor.

Uno de los compañeros de Pedro que estaba a su lado empezó a reírse y este le dio semejante colleja que le quitó la broma al instante.

Pedro agarró a Luis por el pecho y lo elevó hasta que solo fue capaz de apoyar las puntas de los pies en el suelo.

-Mira enano, si no sabes jugar al fútbol dedícate a las chapas y no molestes a los profesionales -amenazó.

-Lo sé, soy un paquete, pero me divierto jugando e intento mejorar. Tengo derecho a ser malísimo.

Luis sonreía tratando de disimular el miedo que le recorría todo el cuerpo mientras movía los pies intentando plantarlos totalmente en el suelo.

Pedro le empujó y salió despedido unos tres metros hacia atrás. Al caer no pudo controlar el

impulso y se golpeó la cabeza contra el terreno. Aquello debía doler, sobre todo la humillación que significaba. A pesar de la injusticia, yo no podía moverme. También tenía miedo como el resto de los niños del patio. Pedro no solo era un chulo y un matón, sino que nos sacaba dos cabezas al resto del curso.

Pedro había perdido los papeles por completo. Se disponía a darle una patada a Luis que estaba recuperándose del susto, cuando Marta apareció como un rayo para detenerle. Le empujó, casi sin moverlo del sitio, pero le distrajo de su intención.

Marta es mi mejor amiga. Algunos ya la conocéis. Después del choque con aquella montaña llevaba sus gafas descabalgadas y trató de colocarlas bien. Ella siempre sonríe, pero esta vez estaba muy seria.

-¿Pero tú de qué vas animal?

-¡Anda! La novia del gafotas también es gafotas? Que bonito... ¿Vuestros hijos tendrán ocho ojos?

-Muy bien, al menos sabes contar -fingió una sonrisa mientras aplaudía burlonamente-. No es

mi novio, pero no permitiré que un chulo como tú trate así a la gente.

Pedro miró hacia atrás buscando a sus compañeros. Con el dedo señalaba a Marta y se reía. Todos en el patio habíamos dejado ya de hacer lo que quiera que estuviésemos haciendo y contemplábamos la escena sin hacer nada.

-¿Habéis visto chicos? Son tan malos y patéticos que les tiene que defender una chica....

-Recuerdo que el otro día, cuando te castigó Rosalía, vino tu madre a hablar con el director. Que patético, a ti también te defendió una chica...

De nuevo el compañero de Pedro se rio y se volvió a llevar una buena colleja. Esta vez más fuerte que la anterior.

-Cállate niñata...cuando juegue en el Real Madrid ya vendrás a pedirme entradas y autógrafos.

-Cuando juegues en el Real Madrid, cosa que dudo, ni siquiera me enteraré, porque el fútbol no me importa nada.

-Y entonces, ¿por qué te metes?

-Porque lo que sí me importan son las injusticias.

-Esto no es una injusticia. Si eres un paquete -dijo señalando a Luis- no molestes a los profesionales.

-Juegas en la liga escolar...ni siquiera llenáis media grada del campo de fútbol...y es pequeña.

-Tú búrlate si quieres, pero te doy la razón en algo. Si quiero ser un gran profesional necesito entrenar más. Ellos no valen para nada y no ganarán ni jugando en la videoconsola. Así que desde hoy, el campo será solo nuestro en el descanso de la comida. No queremos que nos molesten estos tuercebotas.

-¿Tú qué te has creído? ¿A ti quién te ha nombrado dueño del campo?

-Soy el capitán del equipo.

-Estupendo capitán del equipo, ¡apostemos el campo!

-¿Cómo?

-Lo que oyes. Apostemos quién se queda con el campo jugando un partido. Los "súper profesionales" contra "los paquetes".

-Ja ja ja. No me hagas reír. ¿Tan fácil nos lo pones? Estos pringados no creo ni que se atrevan a jugar contra nosotros....

-¡Sí lo harán! ¿Verdad chicos? -gritó.

Al darse la vuelta comprobó que todos trataban de esconderse. Luis no se atrevió ni a levantar la mirada y aprovechó para atarse los cordones que ya estaban perfectamente atados. Marta barrió todo el patio hasta encontrarse conmigo. Se dibujó una gran sonrisa en su cara y supe que nada bueno se me venía encima.

-¡Mister se encargará de formar un equipo y prepararlos!

Noté como los ojos de los presentes se clavaron en mí como haciendo zoom sobre mi cara. Cuando conseguí terminar la colección de cromos también era el foco de atención, pero las miradas de entonces eran diferentes. Respeto, orgullo, honor e incluso envidia, pero ahora no sabría definir lo que estaba pensando todo el público que me observaba.

Tragué saliva. Quería desaparecer. Por un instante me acordé de mi madre llamándome la

atención por morderme las uñas. Que bien me habrían venido para excavar un agujero en el suelo rápidamente y enterrarme por al menos tres semanas.

-¿Yo? -fue lo único que se me ocurrió decir mientras me señalaba a mí mismo con el dedo índice.

-¿El entrenador friki? Uhh, que miedo... -bromeó Pedro simulando que temblaba.

-Pues deberías temerlo. De aquí a tres semanas habrá preparado un equipo invencible.

-Ja ja ja. Esto no me lo pierdo. Hecho. Además de quedarnos con el campo nos lo pasaremos bien.

Marta extendió su mano y Pedro la estrechó.

La apuesta estaba hecha. Yo no había tenido posibilidad de negarme. Y si la hubiese tenido no me habría negado porque Marta me habría matado.

Tres semanas. Un partido.

El final de mi carrera como entrenador. Debía empezar a buscar otra afición.

NADA QUE PERDER

En cuanto volvió la calma al patio, Marta se acercó corriendo a mí.

-¡Qué guay Mister! Por fin vas a tener tu oportunidad.

-¿Oportunidad? Va a ser un suicidio social... Se van a reír de nosotros como nunca lo han hecho en la vida.

-Que tontería...¿por qué dices eso? ¿No eras el mejor entrenador del mundo?

-Vamos a ver Marta, quiero ser entrenador, no mago. Al menos necesitaríamos gente que juegue bien al fútbol.

-Seguro que alguno de los que no están en el equipo saben jugar.

-Sí, pero dudo que quieran enfrentarse a ellos. Tienen miedo. Y el resto....

-Tienen más miedo, ¿y qué?

-Son basura, Marta. Imagínate al mejor chef del mundo. Dale una bolsa de basura y a ver si hace algún plato que no sea vomitable. Y yo...solo soy aspirante a "chef".

-Mejor me lo pones. No tienes nada que perder, pero sí mucho que ganar.

Carlos, que se había enterado de la comidilla del descanso, llegó corriendo en ese momento. Es mi mejor amigo, pero el fútbol tampoco le emociona. A él lo que le gusta es la medicina y yo quiero que sea el médico de mi equipo cuando seamos mayores. Hasta entonces, como buen amigo que es, siempre me apoya en lo que sea.

-¡Ole Mister! Menudo follón. Ja ja ja. Marta te la ha liado bien.

-Oye idiota, que estoy aquí, ¿vale?

-Eso le estaba diciendo yo ahora mismo, pero creo que tiene razón. No tengo nada que perder....

-¿En serio? ¿El partido del siglo, por ejemplo?

-añadió incrédulo Carlos.

-Sí, pero todo el mundo cuenta con que nos darán una paliza. Pero, ¿Y si ganamos?

-Tío, ¿tienes fiebre? -dijo Carlos poniéndome la mano en la frente.

-De verdad, Carlos -protesté apartándole de un manotazo-. Marta tiene razón.

-Por supuesto -sonrió ella cruzándose de brazos.

-Mañana mismo empezamos con las pruebas. Seguro que al final se apuntan todos los que no forman parte del equipo y están hartos de Pedro y sus secuaces.

-Si tú lo dices...Yo te apoyaré siempre -finalizó Carlos golpeándose el pecho con el puño cerrado.

A lo lejos, desde la fuente que servía de refresco para los alumnos, Pedro se secó la boca con la manga, pero no con la suya, sino con la manga de la camisa del niño que esperaba detrás de él para beber agua.

Me miró.

Sonrió, e hizo el famoso gesto rebañándose el cuello con su propio pulgar.

El pesimismo volvió a apoderarse de mí, y si hubiese llevado pañales, habría llorado para que alguien me los cambiase.

AMENAZAS

Al día siguiente, Marta apareció con un gran cartel que había preparado para anunciar la selección del equipo.

“EN EL PRIMER DESCANSO EN EL AULA B.3 OS ESPERAMOS PARA COMENZAR LA SELECCIÓN DEL EQUIPO DE LOS TUERCEBOTAS”.

-Marta, yo no sé mucho de publicidad, pero no creo que llamando a la gente para ser de Los Tuercebotas nos vaya a ayudar mucho... -le dije preocupado.

-Tranquilo. Todos saben a qué equipo nos referimos.

Eso les motivará.

En los pasillos de las aulas estaba Pedro con el resto de sus compañeros e iban hablando uno a uno con todos aquellos que sabían hacer algo con